

El diario, el antidiario¹

Gérard Genette

Traducción de Nicolás Garayalde

Uno de los últimos textos publicados de Roland Barthes fue esa “Deliberación” sobre el diario (“íntimo”) que apareció en noviembre de 1979 en *Tel Quel*. Texto que no pretende ser una reflexión sobre el género (“ya hay libros sobre eso”), sino sólo “una deliberación personal, destinada a permitir una decisión práctica: ¿debo llevar un diario *con vistas a publicarlo*? ¿Puedo hacer del diario una ‘obra’?”.

Todavía más que su último libro, *La cámara lúcida* –aunque no sin relación con él, al menos temática–, aquel texto me parece inseparable de su muerte (tan cercana) y de aquello que, personalmente, yo siento al respecto. La razón más inmediata es que, en nuestro último encuentro –que tuvo lugar a principios de diciembre de 1979– habíamos hablado de ese artículo. Más bien habría que decir que yo apenas si farfullé algunas frases que él escuchó con paciencia y a las que respondió con algunas palabras evasivas, habiendo por su parte agotado ya el tema en ese mismo texto, para pasar luego a otra cosa. En todo caso, no voy a intentar reconstruir aquí esa “conversación”, pero sí quisiera articular mi impresión sobre ese texto un poco mejor de lo que lo hice ese día –era una tarde calurosa, estábamos en la parte trasera, la más fresca, de un café de la plaza Saint-Sulpice–.

La primera frase de aquella *deliberación* incluye una anomalía del discurso, leve y casi imperceptible: “Nunca llevé un diario, o más bien nunca supe si debía llevar uno”. La anomalía se encuentra evidentemente en el correctivo *o más bien*, que conecta dos proposiciones cuya relación no es del orden de la corrección: se esperaría “más bien” un *ya que* explicativo, o un *e incluso* de acentuación, o aun un correctivo de enunciación

¹ Publicación original: “Le journal, l’antijournal”, *Poétique*, N° 47 (septiembre de 1981), Seuil, pp. 315-322.

del tipo ¿qué dije? –la figura misma de la *corrección retórica* que introduce siempre un refuerzo semántico– o, en fin (aunque en este caso sería necesario que la segunda proposición, sin dejar de designar la misma situación de pensamiento, fuese formulada en un modo ya no negativo sino positivo), un vínculo adversativo como *y sin embargo*: “Nunca llevé un diario, y sin embargo me he preguntado con frecuencia si no debería llevar uno”. Respecto a todas estas fórmulas hipotéticas, la de Roland Barthes presenta la particularidad de que el *o más bien* reformula la primera proposición no por insuficiente sino por inexacta.

Esta forma de enunciación no tiene en sí nada de anormal (“Nunca vi a Pierre, o más bien, sólo lo vi una vez, y de lejos”), y sin embargo esa frase de Barthes en particular es evidentemente anormal porque la retracción introducida implícitamente por la locución conjuntiva es contradictoria con la segunda proposición: en la “buena lógica”, o en la sabiduría popular (“ante la duda, abstenerse”), cuando no sabemos si debemos hacer una cosa, entonces no la hacemos; por ello, hay una aparente falta de lógica al decir o sugerir que “nunca llevé un diario, o más exactamente nunca supe si debía llevar uno”. Advertimos, no obstante, que esta última frase se vuelve más “aceptable” si se desarrolla su implicancia bajo una forma como la siguiente: “Nunca llevé un diario, o más exactamente llevé un diario, pero nunca supe si *debía* hacerlo”. Más aceptable, sin duda, gracias al *pero* que confiesa, y por lo tanto asume, la falta de lógica o la paradoja, como en todas las frases explícitamente concesivas: “Si bien nunca supe si debía llevar un diario, me ha pasado de llevar uno” o “Nunca supe si debía llevar un diario, y sin embargo me ha pasado de llevar uno” (por lo que se sobrentiende: “sí, sé que es ilógico, pero es un hecho, soy así, son cosas que pasan, etc.”).

Pero estas redacciones normalizantes son evidentemente infieles a la enunciación barthesiana, cuyo rasgo es aquí precisamente no evacuar la contradicción declarándola sino, al contrario, mantenerla al ocultarla –siendo el (muy leve) velo el empleo del equívoco *o más bien*–. Porque Barthes escribe correctamente, y no sin razón, que nunca llevó un diario, y hasta ahora la única razón para dudar de que lo haya hecho es el *más exactamente* que creemos tener que leer bajo su *más bien*. Queda entonces la cuestión de saber si llevó o no un diario, y a falta de poder extraer otros indicios de esta primera oración, debemos recurrir a su contexto, es decir a la continuación.

De hecho, la oración que sigue basta para aclarar el asunto y, de cierta manera, para levantar la contradicción: “A veces comienzo y después, rápidamente, abandono –y sin embargo, más tarde, recomienzo”. Roland Barthes inició entonces varias veces su diario, y (pero) cada vez lo abandonó rápidamente. Según las definiciones, eso podría o no llamarse “llevar un diario”. Para Barthes, la respuesta es negativa; pero, más o menos secretamente, siente que según otros la respuesta podría ser positiva. De ahí el compromiso que le conocemos, y que voy a glosar ahora burda pero también, creo, fielmente: “Nunca llevé un diario, al menos en el sentido que le doy a esta locución, porque cada que vez que comienzo, abandono muy rápido, a falta de saber si debo continuar”.

Podríamos comparar esta práctica intermitente (la tercera oración comienza así: “Son unas ganas leves, intermitentes...”) con uno de esos sistemas automáticamente regulados por un termostato o un flotador de nivel: el deseo (las “ganas”) del diarista desencadena la escritura que, rápidamente, lo desanima o lo desmotiva y produce una detención de la escritura para luego, otra vez, producirse un aumento del deseo, etc. En teoría (es decir, en la ausencia de todo desgaste interno o intervención exterior), este mecanismo podría funcionar indefinidamente sobre el modo de una intermitencia asumida, incluso reivindicada: “Llevo mi diario cuando me place, es decir, para ser precisos, cada tanto”. ¿Se podría llamar a eso *llevar un diario*?

En sentido estricto, o al menos etimológico, es evidente que no, a menos que el ritmo de intermitencia sea precisamente diario –lo que no es claramente aquí el caso–: llevar un diario es anotar cada día lo que hemos vivido y pensado. Pero hay muchos diaristas que son indiferentes a esta disciplina cotidiana que los llevaría, con demasiada frecuencia quizás, a un ridículo *RAS*,² al grado cero “existencialista” de Roquentin: “Martes: Nada. Existí”; o a este mínimo autorreferencial: “Hoy, escribí esta frase”. Así, podemos tranquilamente llevar un diario según un ritmo menor al cotidiano (o bien, inversamente, mayor), semanal o mensual, o bajo la forma, como en el CNRS,³ de un balance (“informe”) anual (lo que de por sí no estaría mal), o, desde luego, sin frecuencia o periodicidad determinada. Esta hipótesis no

² N. del T.: RAS: Interjección francesa coloquial que resulta de un acrónimo con el sentido de “Nada para decir” (“Rien á signaler”).

³ N. del T.: Centre National de la Recherche Scientifique.

respeto demasiado el sentido fuerte del verbo *llevar* [*tenir*], que no implica que se “abandone”; pero ninguna otra hipótesis le hace justicia a ese sentido, salvo aquella, sterniana o borgeana, de una escritura rigurosamente constante e ininterrumpida. Incluso si dejamos de lado las dificultades físicas, la imposibilidad lógica de tal práctica salta de inmediato a los ojos: un diarista que pasase frente a (o detrás de) su diario todo el tiempo libre que le permita la necesidad del sueño y de la subsistencia (sin abandonarlo incluso durante los tiempos intermedios) no tendría gran cosa para consignar, salvo detallar sus sueños, sus comidas, etc., y debería rápidamente desplazarse hacia alguna forma de ficción o de mediación ajenas a las normas temáticas del género.

Digamos entonces que la práctica del diarista es *por definición* intermitente, y nadie podría determinar sin pedantería la frecuencia óptima, ni siquiera la mínima. Entonces, ¿qué es lo que excluye del campo de esta práctica la conducta, de tipo barthesiana, que consiste en comenzar cada tanto para después “abandonar” un diario? Desde el punto de vista externo, probablemente nada; y suponiendo que Barthes haya conservado y dejado en orden la totalidad de las huellas escritas de sus tentativas sucesivas, nada impediría en principio publicarlas bajo el título de *Diario*, o *a fortiori* y según una costumbre establecida: *Páginas de diario*. Entonces, la exclusión es completamente interna y no tiene que ver con una decisión práctica como la de destruir un cuaderno o prohibir su publicación: tiene que ver con el hecho de que el diarista intermitente (es decir, quitando el pleonasma, no aquel que sólo lleva un diario de manera intermitente –pues es un atributo de todo diarista– sino aquel que sólo asume por intermitencias el proyecto diarista), cada vez que “abandona” su diario, cree que lo hace definitivamente y porque se ha convencido (nuevamente), por medio de una (nueva) tentativa diarista, de la vanidad de esta práctica –por lo que le concierne–. Al dejar la pluma después de algunas páginas (algunos días), no es un diarista que se interrumpe (provisoriamente), sino un diarista que renuncia (definitivamente) y, así, no sólo deja sino que también niega, quizás legítimamente, haber sido alguna vez diarista: “Nunca llevé un diario”. Lo que define al diarista es menos la constancia de su práctica que la de su proyecto.

Escribí “*quizás* legítimamente” porque permanecen aquí una duda y una dificultad: un hombre que haya llevado su diario durante diez o veinte años para luego abandonarlo un día sin pretensiones de retomarlo (hay casos y ejemplos, supongo), ¿se excluiría por eso mismo de la clase de los diaristas?

Entonces, ¿es necesario para ser diarista, no tanto llevar un diario sin intermitencia, sino llevarlo sin otra interrupción final que la muerte? Condición sin duda tan absurda como la precedente, o por lo menos igualmente exorbitante: no se deja de haber sido diarista por dejar de serlo, y no se es diarista por esencia intemporal, aun si algunos (como es el caso, creo, de Amiel) no han escrito, durante toda su vida, otra cosa que no sea un diario. Y muchos escritores han sido a la vez diarista y novelistas (Gide, por supuesto); así como otros han alternado la práctica del diario con otros géneros u otros tipos de escritura, siendo a veces diaristas *ocasionales*. La frontera entre el diarista y el no-diarista no es por lo tanto muy fácil de establecer, y la primera proposición –pronto retractada, y sin embargo enunciada por Roland Barthes–, “Nunca llevé un diario”, no parece estar todavía completamente justificada.

Pero me parece que se justifica perfectamente si se tiene en cuenta, de nuevo, la segunda proposición de Barthes, que sitúa la frontera más allá de los puros criterios factuales de frecuencia o duración, y que hay que leer ahora como una glosa de la primera: “Nunca llevé un diario *en el sentido de que nunca supe si debía llevar uno*”. Esta segunda proposición, o más bien esta segunda forma de la primera, no es para nada retractada después, ni siquiera por las palabras “son unas ganas leves, intermitentes...”. Las ganas no son un sentimiento del deber o de la justificación: puedo tener ganas y después –especialmente después de haberlas satisfecho– contradecirme, o simplemente constatar que esas ganas no eran un motivo suficiente. Volveré luego sobre esto. Digamos ahora que el rasgo verdaderamente distintivo del diarista sería así que no pone en duda la legitimidad de la práctica diarista en general, o al menos la suya en particular. Puede dejar provisoriamente, incluso definitivamente, de llevar su diario, pero no deja sin embargo de justificar esa práctica pasada. En resumen, el diarista es menos aquel que lleva un diario que aquel que cree en la *virtud* del diario. Se podría definir el *diarismo*, yendo más lejos (demasiado lejos, sin duda), no como una actividad, sino como una opinión (una certeza): la que consiste en no dudar de la virtud del diario. Seríamos diaristas así como somos bautizados o taoístas –sin ser necesariamente practicantes, y eventualmente sin haber practicado nunca–.

Ahora bien, Roland Barthes nunca dejó de *dudar* del diario, al menos de *su* diario. *Dudar*, por supuesto, denota aquí no una certeza negativa (una incredulidad positiva), sino una simple incertidumbre: como él mismo lo dice muy bien, se trata de una “duda insoluble”. Pero no es una incertidumbre

respecto a lo que llamé intencionalmente, para posponer las distinciones necesarias, *la virtud* del diario, sino sólo respecto a una de sus virtudes posibles: “el valor de lo que escribimos en el diario”. Y luego se precisa sin ninguna ambigüedad (ya lo hemos visto) la clase de valor del que se trata aquí: el valor *literario*, el valor del diario como “obra”. Las comillas son de Barthes, y expresan la modestia, o más exactamente (*o más bien*) algo así como una mezcla de pudor e ironía respecto a su propia ambición, o nostalgia, y al sistema de valores, quizás condenable o ridículo, que ella implica. Pero la naturaleza de esta ambición, *o más bien* de esta exigencia, es clara: es una exigencia estética. Barthes duda del valor literario de su eventual diario como “obra”; lo que periódicamente reforzaba su duda era, me atrevo a decir, la lectura (la “relectura”) de algunas páginas resultantes de esas tentativas abortadas de diario.

El valor literario (estético) es sólo una de las “virtudes” posibles del diario, y supongo que numerosos diaristas (y los más ilustres entre ellos) nunca pensaron en eso, incluidos quizás los que cita Barthes, sobre los que medita y reflexiona: Tolstoi, Gide, Kafka. El diario puede (cercano aquí a las Memorias) cumplir una función documental para los demás, para una posteridad no de admiradores sino de curiosos: “¿acaso no se siente un gran placer al leer en el diario de Tolstoi la vida de un señor ruso durante el siglo XIX” o en el diario de Pepys la vida de un burgués inglés del siglo XVII? Pero Barthes no se consideraba a sí mismo un personaje representativo, ni especialmente interesante, de su época o de su medio. O puede cumplir una función catártica para sí mismo: “por ejemplo, Kafka llevó un diario para ‘extirpar su ansiedad’ o, si se prefiere, ‘encontrar su salud’. Este motivo no me resulta natural, o al menos constante. Lo mismo ocurre con los objetivos que tradicionalmente se le atribuyen al diario íntimo: no me parecen más pertinentes. Se los vincula a los beneficios y al prestigio de la ‘sinceridad’ (decirse, aclararse, juzgarse); pero el psicoanálisis, la crítica sartreana de la mala fe, la crítica marxista de las ideologías, han vuelto vana la confesión: la sinceridad no es más que un imaginario en segundo grado”. Tales son, para Roland Barthes, las funciones prácticas posibles del diario, a las que recusa entonces sucesivamente, sea ya en general (mito de la “sinceridad” y del examen de conciencia), sea ya en particular (no estoy lo suficientemente angustiado, mi vida no es tan interesante). Para agregar entonces: “No, la justificación de un Diario íntimo (como obra) sólo podría ser *literaria*, en el sentido absoluto, incluso nostálgico, de la palabra”.

Se advierte aquí la sorprendente omisión de una de las funciones más claras, y más reconocidas, del diario, que es la de su rol de ayuda memoria. Tanto más sorprendente en cuanto Barthes (sin por cierto lamentarse por ello) calificaba su propia memoria como débil y “brumosa”. Debo precisar aquí, para explicarme mejor, que es una discapacidad que comparto con él. Pues me han ocurrido en otro tiempo, y también hace poco, dos o tres cosas importantes, que aún me importan, y que sin embargo apenas si podría designarlas con una fórmula vaga o abstracta. Incluso con un intenso esfuerzo de reconstitución voluntaria, sólo podría elaborar un escenario pobre y bastante sospechoso, penosamente ilustrado por algunas imágenes erráticas, azarosas y contingentes. Y en cuanto a la memoria “involuntaria”, no todo el mundo tiene los dones milagrosos del narrador proustiano. Cuando me pasa que evoco esas cosas importantes, me duelen intensamente la pobreza de mis archivos (cartas tiradas, fotos perdidas o bien nunca tomadas) y la falta absoluta de lo que un diario –aunque no sea más de media página por día (¡qué prolífico!)– me ofrecería en detalles hoy irremediabilmente perdidos y que no interesarían, afortunadamente, a nadie más que a mí –es decir, testimonios, o habría más bien que decir: *pruebas* de existencia–. Tangencialmente, pero con énfasis, Barthes evoca esa “falla del sujeto” que no es ni más ni menos que una “falla de existencia”: “Lo que el diario plantea no es la pregunta del Loco (¿Quién soy?) sino la pregunta cómica, la pregunta del Aturdido: ¿Soy yo?”. El hombre sin memoria es este aturdido cómico. El del amnésico, como el del sordo o del miope, es un rol cómico (mientras que el del ciego es, como lo llegó a comprender Sófocles, un rol trágico); y el amnésico sin archivos es como el Profesor Tournesol sin audífonos o Mr. Magoo sin anteojos. El diario es una prótesis, pero una prótesis preventiva cuya necesidad sólo se advierte retroactivamente, es decir demasiado tarde para quien no se ha tomado el trabajo (o no le ha agarrado el gusto) a tiempo. Ahora bien, el trabajo del diario, por una de esas ironías que la realidad no escatima, estuvo muy presente entre aquellos que menos lo necesitaban (los no-amnésicos), como el dinero va siempre a los ricos y el agua al río –a menos que el ejercicio diarista sea en sí mismo a la vez un sustituto y un aditivo: un *suplemento* de memoria, el hecho de anotar cada noche el acontecimiento de la jornada fijándolo no sólo sobre el papel, sino también en el recuerdo–. En fin, en todo caso y a efectos prácticos, deberíamos adiestrar desde muy pequeños a los niños a llevar sus diarios, y procurar, tanto como se pueda,

que nunca pierdan el hábito. *Nulla dies sine linea*: este precepto de poeta debería ser una máxima universal. Porque el diario no se limita a plantear la pregunta ¿soy yo? También la responde, y afirmativamente.

Si mal no recuerdo (!), es sobre este punto que yo había intentado, en ese diciembre doblemente crepuscular, hacer tambalear la duda de Roland Barthes, al predicar la causa diarista, creyendo en ella aunque sin practicarla: poco importa el valor literario, llevar un diario es un ejercicio saludable y una necesidad, quizás una *condición* de existencia. Vagamente arrastrado por el topos voluntarista (había en él una suerte de fascinación semi-nostálgica respecto a toda ascesis –no por nada escribió sobre los *Ejercicios espirituales*– y cada tanto iniciaba gustosamente alguna reforma moral, una *vita nova*, un nuevo régimen, un nuevo horario de trabajo, etc.), jugó un instante con esta sugerencia, el tiempo de “darse cuenta” de que ante todo llegaba un poco tarde –ninguno de nosotros sospechaba, espero, hasta qué punto–, pues no respondía para nada a *su* pregunta: “¿debo llevar (ahora) un diario *con vistas a publicarlo?* ¿Puedo hacer del diario una *obra?*”.

Porque se trataba, lo pensaba entonces y lo sigo pensando, de una verdadera pregunta, quiero decir, una pregunta que en ese texto planteaba a sus lectores y no sólo a sí mismo. Prueba de ello es el tono dialógico que pone en escena una imagen interior del otro en la siguiente frase: “La pregunta que me hago (¿debo llevar un diario?) se ve inmediatamente contestada, en mi cabeza, por una respuesta desagradable: *a nadie le importa*; o más psicoanalíticamente: *es su problema*”. Y por más *fuera de lugar* (al lado de la pregunta) que haya estado mi respuesta, creo –espero– que le habrá al menos demostrado que alguien, entre otros, podía responderle otra cosa.

Pero, en fin, “su problema” no era el mismo que el mío, aunque yo haya tratado ingenuamente de pasárselo. Por su parte, el diario no le interesaba en realidad ni como documento (Tolstoi) ni como instrumento (Kafka), sino más bien como “obra”, es decir como *monumento*. Y veía tres vicios insalvables que imposibilitaban esta monumentalización: la contingencia subjetiva (“No puedo dedicarme a un diario como lo haría con una obra única y monumental que me fuera dictada por un deseo loco”); la inesencialidad objetiva (ninguna página del diario es indispensable para el conjunto, el diario es por ello un texto “suprimible hasta el infinito”); finalmente, y quizás sobre todo, la inautenticidad: la escritura diarista (frases nominales, abreviaciones, etc.) no es sin duda la más codificada pero si la más

contradictoriamente codificada: “informar un estado de ánimo en el lenguaje codificado del Inventario de los Estados de ánimo...”. Práctica insostenible que nos devuelve constantemente, como un espejo indiscreto, la imagen pálida y vagamente obscena de una escritura *desnuda* –no es por azar que empleo aquí un vocabulario sartreano: el malestar retrospectivo de Barthes frente a su propio diario es una versión atenuada de *La náusea*, y ese hastío de la contingencia se basa, como en Roquentin, en una valoración del Arte como imperio de la necesidad, y por lo tanto de la justificación (su *Some of These Days* era, por excelencia, la obra de Schumann)–.

El aspecto estéticamente negativo del diario (su anti-valor literario) era para Barthes tan disuasivo y su virtud práctica tan insignificante que podemos preguntarnos por qué permanecía en él tan viva la fascinación, o más bien la tentación –constante probablemente desde su primer texto publicado, “Notas sobre André Gide y su diario”, que apareció en *Existences* en 1942–; tentación aparentemente creciente en los primeros años, marcados como se sabe por obras (*Roland Barthes por Roland Barthes, Fragmentos de un discurso amoroso* y también, en cierta manera, *El placer del texto*, sin contar las crónicas de *Le Nouvel Observateur* que interrumpió en un movimiento manifiestamente semejante al que despliega en “Deliberación”) muy cercanas al modelo diarista, tanto formal (por la escritura fragmentaria) como temáticamente (por el egotismo declarado –aunque, señala justamente aquí: “del egotismo, ya he tenido suficiente”–).

Una razón inmediata que explicaría esa tentación, y cuyo peso no podemos menospreciar en un escritor perpetuamente atormentado por la cuestión retórica de la *inventio*, está indicada en ese mismo texto de Barthes: “En un primer momento, cuando escribo la nota (cotidiana), siento cierto placer: es simple, es fácil. No vale la pena sufrir para encontrar *qué decir*: el material está ahí, enseguida; es como una mina a cielo abierto, sólo hay que descender”. Pero el precio a pagar de esta “facilidad” es aparentemente el débil placer de lectura: habría allí como una ley de hierro de la economía (libidinal) textual. Sin embargo, no se trataba sólo de la facilidad de escritura o de un sustituto de una inspiración defectuosa; se trataba más bien de una manera (la única, quizás) de eliminar la cuestión misma de la invención, es decir del “tema”, y de efectuar la famosa (y problemática) “intransitividad” de la escritura literaria, siendo el diario la forma más cercana al *libro sobre nada*.

No obstante, creo percibir otra razón más oscura, y más emblemática, en el hecho mismo (en apariencia paradójico) de *publicar* allí, enmarcadas en la deliberación que conocemos, algunas páginas, performances típicas de una práctica de escritura cuya publicabilidad es el objeto mismo de esa deliberación –de esa incertidumbre–. A la pregunta planteada públicamente –¿puedo publicar esto?–, podría habérsela contestado con una respuesta molesta (y quizás todavía más descortés que el “a nadie le importa” previsto –y prevenido–) cuya forma podría ser algo así: “Pregunta tardía e hipócrita, porque usted acaba de hacerlo”. Esta respuesta habría sido en sí misma un sofisma, pretendiendo tomar a la letra un “¿Puedo publicar esto?” que significaba evidentemente “¿Puedo continuar publicando este tipo de textos?”. Quizás Roland Barthes esperaba frente a esta pregunta una respuesta cruelmente saludable que podría haber sido, por ejemplo, la siguiente: “Por esta vez pasa, pero no vuelva a hacerlo”. Sin dudas, es la respuesta que se daba a sí mismo, considerando *in fine* como única salida (por lo alto) de este impasse un nuevo tipo de obra (¿un nuevo género literario?) que no quiero describir en otros términos que no sean los suyos: “Habría que concluir, sin dudas, que puedo salvar el Diario con la condición de trabajarlo *hasta la muerte*, hasta el extremo de la fatiga, como un texto *más o menos* imposible al término del cual es posible que el Diario así llevado ya no se parezca para nada a un Diario”. Si se puede definir el diario por la facilidad de lo banal cotidiano, ese Texto (respetemos la mayúscula) casi imposible y trabajado *hasta la muerte* ya no es para nada un diario (más allá de que conserve, sin dudas, la materia, o la ausencia de materia del diario), sino una suerte de inversión del modelo genérico quizás comparable a lo que apuntaba Malraux al bautizar sus Memorias como *Antimemorias*. Ese diario casi imposible y mortalmente difícil hubiera sido como un antidiario. ¿Es demasiado ese *casi*? No cedamos a la fácil tentación de erigir el accidente en símbolo, y soñemos por nuestra parte con este sueño interrumpido. E interpretemos bajo su luz (porque los sueños, y la muerte misma, tienen también su luz) el propósito paradójal de esta última deliberación. Volvamos a la primera y enigmática frase de la que partimos, y releámosla un poco al revés: “Llevo un diario para saber si debo llevar un diario –es decir, si puedo hacer de él un antidiario–”. Singular reversión de ese problema característico de cierta literatura moderna (Flaubert, Proust, Kafka) que Barthes nunca dejó, ansiosamente, de interrogar: “Escribo para saber si puedo, si debo escribir”.